

Artículo de investigación

Cuestiones de Filosofía
ISSN: 0123-50-95
E - ISSN: 2389-9441
Vol. 3 – N° 20
Enero – junio, año 2017
Pág.: 26 - 40

**Explicaciones a través de mecanismos: una propuesta
alterna a los fallos de la teoría estándar de la elección
racional desde la perspectiva de Jon Elster ***

*Explanations through mechanisms: an alternative
proposal to the failings of the standard theory of rational
choice from the perspective of Jon Elster*

Orlando Ramón-Alarcón **

Universidad de Córdoba (Montería, Colombia)

Recepción: 8 de octubre del 2016

Evaluación: 9 de noviembre del 2016

Aceptación: 17 de abril del 2017

* Este es un artículo de reflexión surgido del trabajo de grado que el autor presentó para optar al título de Maestría en Filosofía («Teoría de la opción racional de Jon Elster como mecanismo de fundamentación filosófica de la vida social y política»), en la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.

** Magíster en Filosofía, de la Universidad Pontificia Bolivariana; especialista en Gestión Educativa, de la Universidad de Pamplona; Licenciado en Ciencias Sociales, de la Universidad de Córdoba. Docente del programa de Derecho de la Universidad de Córdoba. avefenix0@gmail.com

Resumen

El propósito de este escrito es indicar cómo Jon Elster ofrece una alternativa a los fallos de la teoría estándar de la elección racional, que, a juicio de este autor, padece una considerable inflexibilidad, generándole indeterminación e incertidumbre. En efecto, a diferencia de la teoría estándar, que sostiene que los individuos, de quienes se dan por supuestas sus preferencias, han de tomar decisiones cualesquiera que maximizan para su beneficio, Elster considera que existen actos generados bajo limitantes de la razón —es decir, no racionales—, que abren la posibilidad de abordar otros elementos que integran el acto de decidir, como, por ejemplo, la motivación, cuyo origen puede ser una emoción o creencia. Involucrar este elemento en la decisión estándar puede dar lugar a una inconsistencia suficiente para determinar que una decisión es irracional y, consecuentemente, dar apertura a la idea de una racionalidad imperfecta que se manifiesta cotidianamente en las actuaciones humanas. Por lo tanto, propone incorporar a la teoría estándar de la elección racional mecanismos causales de tipo irracional, para reformular su tradicional concepción y, por consiguiente, dar apertura natural a otros modelos de racionalidad imperfecta e irracionalidad. De esta manera, la explicación a través de mecanismos permitiría descomponer un fenómeno social en sus partes y, a partir estas, describir las interacciones que hay entre sus componentes, para hallar su fundamentación.

Palabras clave: Teoría estándar; elección; racional; Elster.

Abstract

The purpose of this text is to show a Jon Elster's alternative to the failures of the Rational Choice Standard Theory, which is considerably inflexible and causes indeterminacy and uncertainty, according to this author. In fact, unlike the Standard theory that assures that individuals' preferences are taken for granted and any decisions they make seek to maximize their own benefit, Elster considers that there exist rationale-limited generated acts, that is to say, non-rational acts that take other elements, which are part of a deciding act, for instance, motivation originated either by an emotion or a belief. Involving this element in the standard decision could lead to enough inconsistency to determine that a decision is irrational and give the idea of imperfect rationality, which is present in everyday human acts. Thus the author proposes to incorporate causal mechanisms of irrational type to the Rational Choice Standard Theory in order to reformulate its traditional conception and in that way, open up other irrationality and imperfect rationale models. Such

incorporation would allow us to decompose a social phenomenon in its parts so they serve to describe the existing interactions among its components and find its fundamentals in that way.

Key words: Rational; standard theory; Elster; process.

INTRODUCCIÓN

Desde sus inicios, la teoría estándar de la elección racional se ha esforzado por explicar el comportamiento social a partir de la conducta de los individuos; su pretensión ha sido asignarse un estatuto epistemológico que pudiera ser reconocido por los científicos sociales; no obstante, y pese a su inagotable esfuerzo, no lo ha logrado cabalmente. Este fracaso se debe, en parte, a su debilidad científica, ya que no ha podido ser una opción unificada y unificante –al menos metodológicamente– para todas las ciencias sociales; lo que ha generado un severo cuestionamiento lógico-epistemológico respecto del carácter científico de esta teoría.

Para críticos como Sartori, por ejemplo, es inviable que una teoría derivada de la ciencia económica pueda dar sustento metodológico a las relaciones causa-efecto en la ciencia política (1979). Frente a este cuestionamiento, los defensores de la teoría estándar de la elección racional han adoptado estrategias disimiles; algunos han propuesto «reformular» el cuerpo teórico de la elección racional en una línea acorde con la perspectiva del método hipotético-deductivo, especialmente a partir de la teoría de Adam Smith, la cual incorporó los principios de utilidad y de asociación de ideas a las decisiones de los agentes. Entre los defensores de esta perspectiva se encuentran Oskar Morgenstern y Jon Von Newman, Antony Downs, James Buchanan, Kenneth Arrow, John Nash, Thomas Schelling, Robert Axelrod, Anatol Rapoport, Gary Becker, Thorstein Bunde Veblen, Herbert Alexander Simón, Oliver Eaton Williamson y Gordon Tullock.

Al contrario de los autores prenotados, Jon Elster trata de demostrar que los individuos no siempre reaccionan de acuerdo con las prescripciones y predicciones de la teoría estándar de la elección racional; tarea que emprende cuando en el prefacio de *Ulises y las sirenas* (1989) aparece una débil declaración acerca de una visión particular de la filosofía de la ciencia.

Es desde esta visión, precisamente, de donde quiero iniciar para examinar algunas de las críticas que Jon Elster le formula a la teoría estándar de la elección racional, y para tratar de

ubicar a partir de esta las salidas que este autor le propone a la misma teoría, haciendo hincapié en la explicación a través de mecanismos, como dispositivo reduccionista de la teoría estándar de la elección racional. Este recorrido se hará a partir de los estudios reseñados en *Ulises y las sirenas* (1989), *El cambio tecnológico* (1990a) y *La explicación del comportamiento social. Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales* (2010).

La intención es indicar que las ideas sociales y el cambio social surgen como resultado de la acción e interacción entre individuos en un escenario deliberativo. De aquí que la hipótesis que defiende sostiene que las preferencias de los agentes idealmente racionales pueden ser perfecta y consistentemente representadas por una clasificación de posibles resultados de interacción en ambientes de cooperación, y que tal interacción es la suma de las consecuencias de acciones individuales aisladas.

RESPECTO DE LAS CRÍTICAS

El problema epistemológico que identifica la teoría estándar de la elección racional es abordado por Elster a partir del asunto: «cuando fracasa la racionalidad»; para él, la teoría evidencia, al menos, dos dificultades: la primera remite a su estructura lógica y empírica y la segunda, al sustrato metodológico de la evidencia empírica que es utilizada para fundamentarla, es decir, al modelo de la bola de billar, que establece que teniendo "an event, A ball hitting the ball B is the cause of (and thus explains) another event, namely the setting in motion of the ball B" (Elster, 2010, p. 25).

Primera dificultad.

En lo que respecta a la primera dificultad, la objeción de Elster se centra en establecer que, a pesar del carácter normativo de la teoría estándar de la elección racional, los agentes no reaccionan de acuerdo con las prescripciones y predicciones que esta establece; aunque tradicionalmente se oponga la razón a las pasiones y, más recientemente, al interés, lo cierto es que el individuo actúa por razones suficientes, esto es, por las creencias y los deseos. En este orden, Giovanni Sartori, por ejemplo, sostiene que en las ciencias sociales “imperan un babel de lenguas, al punto de que las entendemos a duras penas” (1979, p. 9), dificultando, en estas circunstancias, el acuerdo derivado de prescripciones y predicciones estándares. Con esto en mente, Elster plantea “la necesidad de una teoría unificadora o, por lo menos, de una herramienta metodológica general para las ciencias sociales” (Rivero, 2012, p. 6), para ello, piensa en la teoría del Racional Choice, en razón a que su

fundamento surge del proceso en el que existen individuos o actores sociales que toman decisiones, elegidas entre alternativas a través de hipótesis.

Esta perspectiva le permite a Elster “asumir por teoría el conjunto de proposiciones universales interconectadas desde donde, dadas las condiciones iniciales, sean posibles las prescripciones únicas” (2009, p. 208). En contraste, la teoría estándar de la elección racional plantea que un individuo, de quien se dan por supuestas sus preferencias, ha de tomar decisiones cualesquiera, las cuales maximiza para su beneficio; lo que no obliga a que ocurra siempre de la misma manera, ya que este planteamiento no ofrece una opción racional y universalmente interconectada que le permita al individuo elegir entre las opciones que mayor beneficio le retribuyan. Esta dificultad genera incertidumbre en la teoría estándar, la cual se da por la presencia, según Elster, de tres niveles en la toma de decisiones, que, a su vez, propician fuertes resistencias: «cuando se acumulan pruebas», «cuando se derivan creencias de ciertas pruebas dadas» y «cuando se deriva una acción de las creencias y deseos dados» (1991, p. 18).

Desde el asunto de la acumulación de pruebas se infiere una inversión óptima de tiempo y recursos para obtener información; que, en algunos casos, puede desbordar el beneficio que se pretende con determinada acción, lo que provoca la disyuntiva de si invertir para obtener la información que se requiere o quedarse con lo que se tiene. A veces, dice Elster, “resulta imposible estimar el coste marginal y el beneficio de la información” (1991, p. 23). Tomemos el caso de alguien que desea comprar un apartamento e inicia la búsqueda dentro de todas las ofertas disponibles, a fin de obtener la mejor opción, lo cual tiene sentido; sin embargo, él sabe que es ilógico buscar eternamente. En este caso, ocurre que “entre estos límites inferior y superior suele haber un intervalo de indeterminación” (1991, p. 24), o, lo que es lo mismo, de incertidumbre.

La derivación de creencias de ciertas pruebas dadas se despliega al no contar con una creencia óptima, que, a su vez, puede surgir de dos maneras: “a causa de la incertidumbre y a causa de la interacción estratégica —para este caso, incertidumbre significa ignorancia radical—” (1991, p. 20), una especie de inhibición que obstaculiza la capacidad intelectual de proyectar; por eso, en ocasiones nos da lo mismo una cosa que otra y no porque no queramos decidir, sino porque no sabemos cómo hacerlo. La interacción estratégica, por su parte, nos remite a la teoría de juegos; aquí la utilidad de la decisión depende no solamente de sí mismo, sino también de las decisiones de los demás; en consecuencia, todos los agentes deben formarse análogamente creencias sobre sí mismos y sobre los demás; si ocurre que los agentes no pueden formarse creencias racionales sobre sí mismos y sobre los demás, entonces estamos ante un caso de indeterminación y, por defecto, de incertidumbre de la teoría.

Cuando se deriva una acción de las creencias y los deseos, entonces estamos ante una debilidad de la teoría estándar de la elección racional, ya que esta manifiesta un marcado desinterés por la naturaleza de los deseos; no es que la teoría no emane de creencias y deseos, lo que ocurre es que los asume como algo dado e inmutable, por lo tanto, no predica inferencias racionales a partir de estos. Mientras que para Elster, las creencias y deseos son algo más que meras construcciones teóricas, son correlatos de hechos reales del funcionamiento intencional de la acción humana. En el modelo estándar, la razón tiene un uso meramente instrumental, de tal manera que al individuo le asisten solo dos opciones: maximizar la utilidad esperada, es decir, optimizar su decisión o, por el contrario, minimizar el valor esperado de una función de utilidad, es decir, adaptarse. En ambos casos el resultado es incierto, lo que devela la ausencia de opciones óptimas, precisamente por el choque entre creencias y deseos.

Como cuando estamos ante la decisión de repartir bienes escasos en equidad, por ejemplo, cupos para el ingreso a la universidad pública, ¿bajo qué criterios lo hacemos?, ¿decidimos los cupos en función del estrato social, o por grupo poblacional, por representación o por mérito? ¿Cuál de estas opciones podría catalogarse como óptima? Se dice que el mérito es el criterio más idóneo, sin embargo, aun con este criterio, los egresados de colegios privados tienen ventaja ante los egresados de colegios públicos, porque los primeros han sido debidamente entrenados para obtener resultados óptimos en pruebas externas, y los jóvenes de colegios públicos no; en consecuencia, los jóvenes de colegios privados obtendrán el mayor número de cupos en la universidad, lo que no garantiza una decisión en equidad. Lo incuestionable es que esta incertidumbre genera una sensación de debilidad de la razón para determinar la opción más óptima.

Lo cierto es que, si la ciencia quiere ir más allá de catalogar regularidades, debe producir teorías sin predicciones erróneas; por eso, no hay nada que pueda objetarse a una teoría formulada en términos teóricos, excepto, y esto es irrevocable, que dicha teoría no satisfaga requerimientos de validez empírica, lo que incluye su aptitud para la falsabilidad. Ahora bien, aunque una teoría defina implícitamente sus términos —como es el caso de la teoría estándar de la elección racional—, debe dejar abierta explícitamente la posibilidad de deducir consecuencias observacionales determinadas de sus términos teóricos y corresponderlos con los fenómenos observables de su base empírica; si esto ocurre así, entonces las cosas están científicamente bien encaminadas, sí no, la actividad científica se verá reducida a un mero juego especulativo montado sobre la hazaña de ver cuál será el resultado que obtendremos si imaginamos ciertas cosas. En los *Scritti Politici* (como se escribe en Sartori 1979), Kant hace el llamamiento sobre este asunto diciendo

que lo que es justo en teoría debe valer también en la práctica. [...] “Es evidente que entre la teoría y la práctica tiene que haber también un término medio de conjunción y de pasaje de una a la otra. En efecto, al concepto intelectual que contiene la regla (se refiere a la teoría verdadera, entendida como complejo de reglas pensadas como principios generales) debe agregarse un acto del juicio por el cual el hombre práctico distingue si el caso cae o no dentro de la regla” (p. 89).

He aquí la primera dificultad de la teoría estándar de la elección racional: la indeterminación, que la torna incapaz de predecir (en el sentido clásico de la indeterminación) consecuencias observacionales determinadas de su postulado teórico; y una teoría con predicciones erróneas, indica Elster, “es peor que una teoría con predicciones débiles pero veraces. [...] En el primer caso se debe remplazar o modificar, no suplementar (1991, p. 11).

Como corolario, se hace imposible también decidir si las consecuencias observacionales supuestas se corresponden o no con los fenómenos observables de su base empírica; a lo cual, podemos decir, simultáneamente con Elster, que la teoría estándar de la elección racional no dispone de procedimientos determinados, como, por ejemplo, reglas de correspondencia o definiciones operatorias que permitan relacionar tal o cual noción teórica con hechos definidos, lo que agudiza aún más los problemas de indeterminación. Para analizar estos fallos, Elster utiliza dos criterios: “la importancia del problema y la cantidad de agentes involucrados” (1991, p. 32); los resultados obtenidos sugieren que no podría afirmarse que la teoría estándar de la elección racional sea una teoría consistente, ya que implica consecuencias observacionales incompatibles, y tampoco creíble, puesto que no puede ni confirmarse ni negarse, al menos en algunos casos, por la evidencia empírica.

Segunda dificultad.

En lo que respecta a la segunda dificultad, la objeción de Elster se dirige, básicamente, a la lógica de su validación. Toda su crítica la resume en las siguientes preguntas: ¿cuán serios son los fallos de la teoría estándar de la elección racional? y ¿cómo podría superarse la trivialidad de los óptimos múltiples presentes en esta teoría? Como es sabido, la validación empírica, si quiere ser tenida por evidente, debe satisfacer la lógica de la prueba (procedimientos comparativos, relaciones, implicaciones determinadas y únicas, etc.), y lo que se ha dicho aquí, es que el material empírico sobre el que se erigen las hipótesis explicativas de la teoría estándar de la elección racional no logran brindar predicciones singulares; por ello, siempre queda la duda de que los óptimos múltiples son los que imponen a los hechos la interpretación. Los óptimos múltiples están presentes cuando el

individuo, al diagnosticar los problemas a los que se enfrenta, enlista las opciones disponibles y toma la decisión que, generalmente, le retribuye mayor beneficio, pero siente indiferencia ante una o más posibilidades, y juzga cada una como superior a todas las demás. En este caso, lo que existe es una incapacidad del agente para jerarquizar y comparar las opciones, precisamente, por el surgimiento de diversas soluciones factibles en un determinado tramo, ninguno de las cuales es posible mejorar. Por ejemplo, “como cuando un consumidor es indiferente al escoger entre dos vehículos con diferentes méritos y defectos” (Elster, 1991, p. 17), porque le da igual el uno o el otro.

La asimetría entre deseo y acción es, igualmente, otra dificultad de la teoría estándar de la elección racional, en virtud a que ésta no se interesa por la naturaleza de los deseos. Esta desatención no implica su desconocimiento en su interior, por el contrario, minimiza sus efectos, ubicándolos en un contexto de incertidumbre del cual emanan los mecanismos de irracionalidad de los que habla Elster; el problema es que la incertidumbre no garantiza un resultado final —porque lo desconocemos— y tampoco se puede predecir probabilidades objetivas de él.

Dadas las deficiencias lógico-epistemológicas señaladas, y lejos de desconocer el gran aporte que la teoría estándar de la elección racional ha dado en la predicción de ciertos aspectos de las decisiones de los individuos, Elster concluye que en lo que respecta a la teoría estándar de la elección racional, considerada en sí misma, esto es, como un cuerpo doctrinario para el cual puede reclamarse validez científica, solo puede pronunciar el siguiente veredicto: ¡Enhorabuena puede modificarse, no suplementarse!

Salida a los fallos de la teoría estándar de la elección racional.

La línea defensiva de Elster contra los intentos de cientifización de la teoría estándar de la elección racional se decide en la siguiente pregunta previa: ¿qué es lo pertinente en las acciones racionales? Al respecto señala un olvido inicial: la teoría estándar de la elección racional no se ocupa de las creencias y los deseos que forman las razones para la acción; al contrario, esta teoría se concentra en asumir los deseos y las creencias como algo dado y exento de juicio racional. Cabe mencionar que si bien Elster (1991) reconoce que el estudio de la irracionalidad supone un núcleo de realidad objetiva, no es en esta consideración donde alcanza sus mayores objetivos, sino en su demostración acerca de que las creencias y los deseos se dan de manera racional. En otras palabras, para Elster, lo pertinente en las acciones racionales es integrar los diferentes elementos que la constituyen, es decir, las creencias, las preferencias y los deseos en un todo articulado y sustancial.

Por ende, la cuestión de la validez de las proposiciones de la teoría estándar de la acción racional debe plantearse en un contexto diferente del de una ciencia de hecho al estilo naturalista. Precisamente, desde la perspectiva elsteriana no es acertado esclarecer y sistematizar la teoría estándar de la elección racional en función de criterios supuestos — «los agentes son racionales»—, sino que, por el contrario, ello debe hacerse a título de condiciones hipotéticas —«los agentes se forman creencias racionales»—. En este contexto, Elster propone cambiar la direccionalidad del análisis epistemológico de esta teoría; por eso, a diferencia de las formulaciones hipotética-deductivas, se centrará en los «requisitos de optimalidad». Este planteamiento reclamará, ante sus ojos, la idea de que “la acción debe ser óptima, dadas las creencias; las creencias deben tener el mejor respaldo posible, dadas las pruebas; y las pruebas deben ser el resultante de una inversión óptima en la recolección de información” (2010, p. 215). Desde este matiz, hay que tener en cuenta que, en ocasiones, dicen Elster y Hylland, se presenta el hecho de que “los individuos tienen a menudo objetivos que afectan el bienestar de otros individuos. [...] Y a menudo tienen creencias relativas a entidades supraindividuales que no son reducibles a creencias relativas a individuos” (1986, p. 1), lo cual afecta el supuesto de que los agentes son racionales.

En este contexto referencial, la propuesta alterna ofrecida por Elster a los fallos de la teoría estándar de la elección racional, especialmente cuando habla de requisitos de optimalidad, abre un sólido sendero. “Pero también abre el debate en torno a la conveniencia de la presencia del funcionalismo en los dominios sociales y humanos” (Alarcón, 2016a, p. 44). En este punto, Elster se dedicará a develar en los ajustes metodológicos de la teoría estándar de la elección racional, los intersticios en los que puede ubicarse un tipo de explicación al suceso cuando ocurra, no cuando se den las consecuencias. Desde este ángulo, la teoría estándar de la elección racional, debería abandonar sus pretensiones científicas y enfrentar sus problemas con un método de conocimiento alternativo fundado en las explicaciones intencionales a través de mecanismos.

Las explicaciones a través de mecanismos causales pretenden suministrar referentes que faciliten la comprensión de fenómenos sociales y humanos. “La idea que subyace al enfoque de los mecanismos es que explicamos un fenómeno social haciendo referencia a una constelación de entidades y actividades, normalmente actores y sus acciones que están vinculadas entre sí de tal modo que producen regularmente el tipo de fenómeno que queremos explicar” (Noguera, 2010, p. 31).

Explicaciones a través de mecanismos: una opción de outcome social.

Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales, es el símil que utiliza Jon Elster para promover las explicaciones a través de mecanismos. Las tuercas y los tornillos son dispositivos abstractos para abrir el modelo explicativo de «caja negra», en virtud a los vacíos que éste modelo genera en las ciencias sociales y humanas. La utilidad de estos dispositivos, a criterio de Elster, se debe —en parte— a que “los filósofos de la ciencia suelen argumentar que una explicación debe basarse en una ley general” (2010, p. 48), lo que, desde luego, provoca la preocupación por saber cuál es el entorno en el cual se llega a la conclusión de ese monismo epistemológico.

Evidentemente, esta tendencia natural, según Elster, induce al individuo a querer saber, en términos causales, cuáles son las condiciones de adecuación requeridas para llegar al proceso de transformación del explanans al explanandum —incluidos los requerimientos previos—; así mismo, el individuo quiere saber cuáles fueron los fenómenos externos impredecibles que se tuvieron en cuenta al momento de formular el explanandum. Por lo tanto, Elster cree pertinente “reemplazar la idea de ley general por la de mecanismo” (2010, p. 48), ya que “la credibilidad de una explicación aumenta en la medida en que las leyes generales se enuncien en términos de una cadena causal” (2010, p. 50). De esta manera, Jon Elster se adhiere a la histórica búsqueda de mecanismos que expliquen los asuntos que estudian las ciencias sociales y humanas, tarea que comparte con insignes teóricos como Raymond Boudon, Peter Hedström, Richard Swedberg, Robert K. Merton, Thomas Schelling y George Homans, entre otros tantos.

Las explicaciones a través de mecanismos siguen dos tendencias: la ontológica y la metodológica. Elster, se ubica en la primera, ya que él cree que para comprender un fenómeno hay que descomponerlo en sus partes y describir las interacciones que hay entre ellas. “Si aumentamos el número de eslabones de la cadena causal, reducimos el peligro de subestimar los terceros factores” (2010, p. 50); sólo así podremos establecer la ley que describe tales mecanismos; claro está que “los mecanismos son patrones causales de aparición frecuente y fáciles de reconocer que se ponen en funcionamiento en condiciones generalmente desconocidas o con consecuencias indeterminadas” (2010, p. 52).

La definición que hace Elster de lo que es un mecanismo, nos conduce a hacer dos consideraciones: primera, para él los mecanismos son algo complejo, pues “se ponen en funcionamiento en condiciones generalmente desconocidas o con consecuencias indeterminadas”, “lo que no quiere decir que sea difícil o complicado de comprender, por el contrario, lo que él manifiesta es que en cada mecanismo existe una conexión perpleja, es decir, una relación en la que hay un individuo consciente de acción y un objeto que está en interacción con él” (Alarcón, 2016b, p. 24); por eso expresa, “he considerado hasta aquí lo

que podríamos llamar mecanismos «atómicos»: reacciones psicológicas elementales que no pueden reducirse a otros mecanismos del mismo nivel” (2010, p. 58), pero que operan como pulsiones que inducen al individuo a actuar de manera desiderativa, conformista o adaptativamente, etc. Por eso, Elster se pregunta “hasta dónde nos llevarán estos mecanismos psicológicos en la explicación de los fenómenos sociales” (2010, p. 58), y agrega [...] “la respuesta es que podemos utilizar los mecanismos atómicos como unidades de construcción de mecanismos moleculares más complejos” (2010, p. 58), allanándose de esta manera a la idea de una concepción sistémica y compleja de los mecanismos que explican los fenómenos sociales, los que a su vez inducen a una realidad carente de abstracción y teorización.

La segunda consideración tiene que ver con las interacciones intra e intramolecular establecidas entre las partes de un mecanismo y entre distintos mecanismos, sobre todo cuando sostiene que las interacciones que producen el comportamiento del mecanismo son «de aparición frecuente y fácil de reconocer». Este hecho, lo explica Elster metodológicamente a partir del uso de la teoría de juegos, —en especial—, de los juegos suma cero. Sin embargo, Elster ha advertido que la explicación a través de mecanismos se manifiesta y expresa de manera óptima por medio de:

- ⊖ Un explanandum, que constituye lo que queremos explicar y
- ⊖ Un explanans, que básicamente es lo que explica el explanandum

Además, y según ya se indicó, para que una explicación sea óptima debe cumplir tres requisitos esenciales:

1) Al explicitar el explanandum hay que tener en cuenta que “antes de tratar de explicar un hecho o un suceso, tenemos que establecer que el hecho es un hecho o que el suceso se ha producido efectivamente” (Elster, 2010, p. 31), ya que los hechos o los sucesos están para ser interpretados, no para ser leídos. Desde esta perspectiva, es claro que las explicaciones narrativas no suministran los mecanismos subyacentes que explican óptimamente el fenómeno —por lo tanto, no se puede aprehender la verdad o la esencia exacta y auténtica de las realidades sociales y humanas— y tampoco proporcionan la legitimidad epistémica de la ciencia social o humana.

2) El explanans debe ser lo suficientemente idóneo para generar, mediante procedimientos lógicos, el explanandum, es decir, que las razones que se den en torno a la explicación de una acción o un fenómeno sean efectivamente la causa de ese fenómeno o de esa acción, lo que conduciría a la eliminación de lo que Elster denomina «coincidencias de primera clase», dando tránsito a razones para la acción o razones como causa; lo que significa que

la acción que el individuo realiza intencionalmente tiene como causa las razones que tuvo para realizarla; en consecuencia, las razones son causa de la acción. Bajo esta premisa, no son posibles las explicaciones espurias, como las que suelen darse para explicar las causas del surgimiento del narcotráfico en Colombia, que señalan que surgió por causa de las desigualdades sociales de los años ochenta y por la corrupción política, cuando el fenómeno es más complejo de lo que se dice.

3) Que el explanans pueda contrastarse empíricamente como causa positiva del explanandum y no como mera posibilidad, es decir, no basta con teorizarlo, hay que demostrarlo empíricamente; por eso, Elster considera que “la principal tarea de las ciencias sociales es explicar los fenómenos sociales. No es la única sino la más importante, tarea a la cual las demás ciencias están subordinadas o de la cual dependen” (2010, p. 25).

A modo de conclusión.

En términos generales podemos decir que para explicar el sentido de la inserción formal de su propuesta mecanísmica, Jon Elster formula una tipología de mecanismos que contrasta con el concepto de ley científica. Una ley, dice Elster, “afirma que, dadas ciertas condiciones iniciales, un hecho de un cierto tipo (la causa) siempre producirá un hecho de otro tipo (el efecto)” (cit. en Rivero, 2012, p. 52); este procedimiento adopta la forma: “Si se dan las condiciones $C_1, C_2 \dots C_n$, entonces, siempre E” (Elster, 2005, p. 243); mientras que en los mecanismos la forma es: “Si se dan $C_1, C_2 \dots C_n$, entonces, a veces E” (2005, p. 243). Aunque la forma del mecanismo no genere confianza, sí es significativamente pertinente —al menos en el campo social—, ya que de lo que se trata es de abrir los flujos ocultos de caja negra dejados por la primera forma, es decir, descifrar lo que ocurre entre la causa el efecto; por lo tanto, Elster nos hablará de mecanismo tipo A y mecanismo tipo B, los que a su vez se presentan en parejas.

Los mecanismos tipo A “surgen cuando la indeterminación es sobre cuál de las varias cadenas causales, en caso de haberlas, será accionada” (2005, p. 240); en estos casos el individuo opta por posiciones heurísticas, poniendo a prueba su capacidad para decidir por opciones positivas para sí mismo, independiente de la existencia o no de información suficiente. Este tipo de mecanismo es una manera de sintetizar los problemas más agudos o críticos. Por ejemplo, asumamos que al realizar una acción los individuos lo hacen de manera racional, es decir, deliberan antes de actuar, potencian sus condiciones, tienen en cuenta los factores que los pueden afectar, calculan su decisión en correspondencia con el riesgo que van a asumir, proyectan cómo sucederán las cosas y, por último, toman la decisión. Pero ¿qué ocurre si las cosas no suceden como las programaron? En este punto,

—dice Elster— hay dos caminos; o los individuos se dejan llevar por la ilusión de alguno de los aspectos calculados o, por el contrario, acuden al mecanismo de adaptar las preferencias. En ambos casos, no sabremos previamente cuál será el resultado, dado que ambos mecanismos son excluyentes entre sí.

Por su parte, los mecanismos tipo B se establecen “cuando podemos predecir que dos cadenas causales que afectan una variable independiente actuaran en direcciones opuestas, dejando indeterminado el efecto neto” (2005, p. 240). Un ejemplo clásico de este tipo de mecanismos se encuentra, según Elster, en la teoría de Le Grand en torno al efecto de los impuestos sobre la oferta de trabajo:

un tipo impositivo marginal elevado disminuye el coste de oportunidad o precio del ocio y, como con cualquier mercancía cuyo precio se reduce, induce a las personas a consumir más de ese producto (y, por tanto, a trabajar menos). Sin embargo, por otra parte, también disminuye los ingresos de las personas, y eso puede inducir las a trabajar más para mantener su nivel de vida. Estos dos efectos —el efecto de sustitución y el efecto renta, en la jerga de los economistas— funcionan en direcciones opuestas, y su efecto neto es imposible de predecir exclusivamente a partir de la teoría (Cit. en Elster 2002, p. 25).

De esta manera se demuestra que los mecanismos causales son elementos medulares que sirven para explicar hipotéticamente el sentido del comportamiento social individual, dándose cumplimiento a la tesis inicialmente planteada que sostiene que las preferencias idealmente racionales de los agentes pueden ser perfectas y consistentemente representadas por una clasificación de posibles resultados de interacción en ambientes de cooperación, y que tal interacción es la suma de las consecuencias de acciones individuales aisladas.

Por último, la vivencia de los mecanismos propuestos por Elster incluye la inserción de mecanismos proverbiales, mecanismos elementales y mecanismos moleculares, todos ellos conforman resultados, pero también puede ocurrir que no. Lo cierto es que con las explicaciones a través de mecanismos causales se constituye una caja de herramientas para elaborar teorías de menor rango e, incluso, encadenar tales teorías hasta consolidar una de mayor rango.

Referencias

- Alarcón, Orlando R. (2016a) *Teoría de la opción racional de Jon Elster como mecanismo de fundamentación filosófica de la vida social y política*. Trabajo de grado de Maestría. Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
- Alarcón, Orlando R. (2016b). Aporte iusfilosófico a los alcances del concepto de “tránsito terrestre” a partir del principio discursivo de Jürgen Habermas: Una lectura de la Sentencia C-089/11. *Derecho & Sociedad*. Volumen1| U1| Sección 1| (15-06-2016) versión =1. Páginas 43-47. Disponible en: <http://revistas.unicordoba.edu.co/revistas/index.php/dersoc/article/view/594/696>
- Elster, Jon (1989). *Ulises y las Sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica. Primera edición en español. Traducción de Juan José Utrilla.
- Elster, Jon (1990a). *El Cambio Tecnológico: Investigación sobre la racionalidad y la transformación social*. Barcelona: Gedisa. Traducción de Margarita Mizraji.
- Elster, Jon (1990b). *Tuercas y Tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Barcelona: Gedisa. Traducción de Antonio Bananno.
- Elster, Jon (1991). *Juicios Salomónicos: Las limitaciones de la racionalidad como principio de decisión*. Barcelona: Gedisa. Traducción de Carlos Gardini.
- Elster, Jon (2005). En favor de los mecanismos. *Sociológica*, enero-abril, 2005, pp. 239-273.
- Elster, Jon (2010). *La explicación del comportamiento social. Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales*. Barcelona: Gedisa. Primera edición en español. Traducción de Horacio Pons. Edición digital 2010.
- Elster, Jon; Aanund, Hylland (1986). *Foundations of Social Choice Theory*. Cambridge University Press and Universitetsforlaget
- Elster, Jon et al. (2009). *¿One Social Choice or Many? I World Social Science Forum in Bergen*. (UNESCO)Noguera, José, A. (2010). *Teoría sociológica analítica*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas —CIS—
- Rivero Casas, Jesús (2012). *El cambio racional de preferencias en el proceso electoral de 2006 en México. Una aproximación a las Teorías de la Elección Racional en la Ciencia Política*. Versión electrónica disponible en: <http://metodologiainvestigacionpolitica.blogspot.com.co/2014/06/libro-el-cambio-racional-de.html>

Sartori, Giovanni (1979). *La política: Lógica y método en las ciencias sociales*. Fondo de Cultura Económica. México.